

sometió la Bosnia, y se proponía destruir la dominación de los griegos. Pero desde este momento, el reino comenzó á declinar, tanto por las frecuentes guerras con el imperio de Oriente, como por la exorbitante autoridad concedida por Douchan á los gobernadores (*krals*) entre quienes lo dividió; como también por la ambición que los numerosos empleos de la corte producía entre los boyardos. Los reyes de Servia tuvieron, pues, que resignarse á tributar homenaje á los sultanes turcos; y uno de ellos, Estéban IX, hasta fué muy útil á Bayaceto. Después de él ascendió al trono la dinastía de los Brankovitz (1427), que nada descuidó para salvar la independencia nacional por las armas y tratados. Pero el terrible Mahomet II reunió para atacar á Belgrado doscientos mil hombres y trescientas piezas de artillería, alabándose de ganar la plaza en quince días, y cenar á los dos meses en Buda.

Habían esparcido el espanto sus victorias por toda la Europa, que ya creía verle vencedor de la Servia, llegar á Viena y Roma sobre los cadáveres de los húngaros (12). Nicolás V proclamó la cruzada; Calixto III que toda la cristiandad tocara al medio día la campana de los turcos (13). El emperador Federico III convocaba dietas que se limitaban á levantar ejércitos en el papel, y decretar dinero que no se pagaba. Felizmente la fe viva de fray Juan de Capistrano recordó la memoria de Pedro el Ermitaño y de Fulques de Neuilly.

Juan Capistrano.—Nacido en la provincia de Aquila (1285), se había dedicado al foro. El rey Ladislao le confirió diferentes magistraturas, y le nombró juez en el tribunal de la gran vicaría. Habiendo sido condenado á muerte un poderoso barón, no sólo aprobó la sentencia el rey, sino que la hizo extensiva al hijo mayor. Los jueces doblaban la cerviz ante la voluntad real, cuando Juan los alentó á resistir á ella. Habiendo dispuesto el rey, á pesar de su negativa á adherirse, que se verificase la ejecución, resignó Juan sus funciones que no podía conservar sin hacerse cómplice de la injusticia, y tomó el hábito de san Francisco. Compañero después de Bernardino de Siena, caminó predicando, hasta el momento en que, viendo el peligro que

trescientos el villano que da muerte á un noble, además de cortar las manos. El que da muerte á un sacerdote, es condenado á muerte; al fuego el parricida, el fratricida y el infanticida. El que arranca la barba á un noble debe perder la mano; el que la arranca á un campesino debe pagar doce perperos.

(12) Durante mucho tiempo, en el momento en que se ceñía al sultan su cimitarra, después que había bebido en la copa de los genizaros, decía, devolviéndosela llena de oro: *¡Hasta que nos veamos en Roma!*

(13) Habiéndose presentado en esta época el cometa de Halley, y espantándose el vulgo como de un presagio que anunciaba á toda la Europa la esclavitud bajo el yugo otomano, Calixto III se aprovechó de este accidente para sacudir la inercia de la Europa. El autor del *Sistema del mundo*, se burla de esto. ¿Hay motivo para ello?

amenazaba á la cristiandad, consiguió reclutar una quinta cruzada contra los turcos (14), no ya compuesta de nobles y caballeros, sino de personas vulgares, estudiantes, frailes, campesinos, armados de hondas y de mazas. Sólo fray Juan, lleno de confianza cuando toda la Europa desesperaba, se puso en marcha con confianza, y despertó de su letargo á Juan Huniade, quien recordando sus victorias y antiguas derrotas, tomó el mando de este ejército, que se adelantó en desorden, gritando *¡Jesús!* contra los terribles musulmanes, y obligó á Mahomet á levantar el sitio de Belgrado (1456). Como si la ambición de ambos hubiese ya terminado, murió Huniade tres semanas después, y Juan no le sobrevivió más que dos meses. Ocupó Mahomet el resto de la Servia, de la que se llevó doscientos mil prisioneros; y sólo la flota pontificia socorrió en adelante las islas atacadas por los turcos.

El papa Pio II no perdonó medio de reunir á los cristianos contra los turcos; instituyó la orden de la Virgen de Belen, que en breve cayó con la isla de Lemnos, donde tenía su residencia; y la compañía de los jesuitas, que había formado con el propio objeto, no tuvo duración más larga. Habiendo convocado después á la cristiandad en Mantua, proclamó la cruzada (15) (1459). Pero viendo que los príncipes europeos estaban ocupados en consolidarse en sus respectivos países, y no hacían ningún movimiento, adoptó el partido de apelar á los asiáticos (1463). Además resolvió cruzarse él también, no para pelear, sino para orar como Moisés sobre el monte Horeb, á fin de que Dios concediera la victoria á su pueblo. Había citado á los cruzados en Ancona; pero no acudieron más que venecianos (16) y húngaros ó gente des-

(14) La primera, en tiempo de Clemente VI, conquistó á Esmirna en 1344; la segunda, en tiempo de Urbano V, llevó la guerra entre los serbios en 1363; la tercera, en la época de Bonifacio, fué derrotada en Nicópolis en 1396; la cuarta, bajo Eugenio IV, sufrió igual suerte en Varna en 1444.

(15) Los que han visto con cuánto ardor han sostenido las damas de nuestros días la causa de los griegos sublevados, sabrán con placer que sucedió lo mismo entonces, y que se oyeron en aquella los discursos de dos mujeres célebres, Hipólita Esforcia é Isolta Nogarola. Hija la primera de Francisco Esforcia, y mujer de Alfonso II, había trascrito por su propia mano casi todos los clásicos latinos; la otra era filósofa, teóloga, literata: ha dejado gran número de discursos y de cartas, y un diálogo singular en que Eva se defiende contra Adán.

(16) Tachábase á los venecianos de negligentes, desde aquella época. El papa, al recibir la noticia de sus primeros triunfos, dijo en el Consistorio: *Ecce, ecce quomodo Deus excitavit fidem populum suum, dilectos filios nostros, senatum et dominium venetum. Ecce quomodo hi, quos dormire et desides esse omnes dicebant, primi omnium in honorem Dei arma sumpserunt. Obloquebantur hæc de Venetis; hic soli dicebantur, qui in tanta Christianorum necessitate subvenire recusabant. Ecce, ecce soli vigilant, soli laborant, soli subveniunt Christianis, soli parant se ad ulciscendum inimicum Christi Annali del MALIPIERO.*

provista de dinero, de víveres y de salud. Hízose la escuadra á la vela á la hora indicada por los astrólogos; pero la muerte del papa y las discordias de los italianos hicieron que aquella expedición se desvaneciera como el humo.

Cada empresa abortada aumentaba el orgullo de Mahomet, quien acreditaba en sus conquistas tanto orgullo como barbarie. Mandó que fueran aserrados en Metelin trescientos corsarios, luego quinientos habitantes del Peloponeso, que se le habían enviado prisioneros cuando estalló la guerra de Venecia; é irritado de no haber podido apoderarse de Croya, mandó dar muerte á ocho mil griegos de Caonia que se habían rendido á condición de que se respetasen sus vidas.

Ulad IV de Valaquia.—En ciertos momentos parecía que los cristianos rivalizaban con él en crueldad. Huniade hizo matar á su vista los prisioneros que había cogido: Kinis, conde de Temeswar, vencedor de los turcos en Transilvania, mandó que se pusieran tablas sobre los cadáveres y bailar en ellas. Pero á todos superó en ferocidad Ulad IV, sobrenombrado el rey de los palos, ó el Diabolo de la Valaquia. Ingeniándose en prolongar los suplicios, se deleitaba en el espectáculo cotidiano de las agonias más dolorosas, y se paseaba entre filas de palos, sobre las cuales se retorciaban y podían sus víctimas. Cuando caían turcos en sus manos, les hacía desollar las plantas de los pies y salar la llaga, que daba enseguida á lamer á las cabras. Habiéndose negado los embajadores á quitarse su turbante en su presencia, se los sujetó á la cabeza con tres clavos. Convidó á todos los mendigos á un banquete, y cuando estuvieron juntos prendió fuego á la casa. Cuatrocientos jóvenes húngaros y transilvanios, enviados á Valaquia para aprender la lengua del país, fueron quemados por su orden: mandó empalar á seiscientos mercaderes bohemios en el mercado, así como á quinientos nobles valacos, que no habían sabido decir exactamente cuánta era la población de sus distritos. Inventaba máquinas para descuartizar y cocer á las personas, mataba los niños á centenares, y ataba sus sangrientas cabezas al seno de sus madres.

Por honor de la humanidad conviene creer que hay exageración en estas relaciones. Habiendo enviado Mahomet á pedirle el tributo habitual de diez mil ducados y quinientos mancebos encima, Ulad mandó empalar al portador del mensaje: enseguida invadió la Bulgaria, de donde se llevó veinticinco mil prisioneros. Entonces Mahomet penetró en la Valaquia con inmensas fuerzas, y llegó hasta cerca de la capital, á pesar de una resistencia obstinada. Cuando estuvo á poca distancia de sus muros, se ofreció á su vista un espectáculo horrible: veinte mil búlgaros estaban plantados sobre estacas, y sus cadáveres podridos y roídos por los buitres. Poseído, no de horror, sino de asombro, el sultan dijo: «¿Cómo sería posible vencer á un hombre que hace tan buen uso de sus súbditos y de su poder?» Luego, pasmándose, añá-

dió por reflexion: «Sin embargo, no debe apreciarse demasiado al que lleva tan adelante las cosas,» y continuó sus triunfos. Ulad huyó á Hungría, y el país perdió el derecho de nombrar sus vaivodas.

En cuanto al Asia, no poseían los otomanos más que la Natolia, es decir, la parte occidental del Asia Menor (17). Al Nordeste de la península, el seljúcida Ismail-bey tenía aun á Sinope: Trebisonda, con el nombre fastuoso de imperio, obedecía á David Comneno, y entre estos dos Estados conservaban los genoveses á Amastri. Los caramanios, otra familia turca, dominaban al Sur en el país á que han dado su nombre: la Cilicia y una porción de la Siria sufrían la ley de los mamelucos de Egipto.

Habiendo cedido Comneno sus Estados por un tratado, fué trasladado á Constantinopla, donde el inexorable Mahomet, bajo pretexto de traición, le condenó á muerte con toda su familia (1461). Dismensiones suscitadas entre los príncipes de Caramania suministraron á Mahomet ocasión para interponerse; y los espulsó á todos para poner en su lugar á Mustafá, su tercer hijo. Ussum-Cassan del Carnero Negro, les concedió un asilo (1464), é irritado Mahomet por ello, se puso en marcha en contra suya, y le derrotó.

Volviendo á la sazón Mahomet sus armas contra los genoveses (1459), se apoderó por sorpresa de Amastri, cuyos habitantes trasladó á Constantinopla. Después tomó por traición á Caffa (1475), depósito de su comercio y asiento de su poder en el mar Negro, enviando á cuarenta mil de sus moradores á Constantinopla. Mil quinientos mancebos fueron alistados en los genizaros. Enseguida se hizo Mahomet dueño de Tana, de Azof y de otras ciudades sin efusión de sangre. Aquellas comarcas fueron entonces agitadas por varios descendientes de los antiguos kanes de Capchak: luego los rusos ocuparon una porción de ellas, y se hubieran enseñoreado de la totalidad, si Mahomet II uo hubiera llegado á estorbárselo. Menkeli-Kerai, uno de aquellos príncipes, que se había refugiado entre los cristianos á fin de evitar la cólera de sus hermanos, fué enviado á Constantinopla para que allí se le estrangulara (18); pero

(17) Comprendiendo la Paflagonia, la Bitinia, la Galacia, la Frigia, la Misia, la Eólida, la Jonia, la Lidia, la Caria, la Licia, una parte de la Pisidia y de la Panfilia.

(18) Un exacto ceremonial rige los suplicios entre los turcos, así como entre nosotros los honores. El más honroso es ser estrangulado con la cuerda de un arco, y está reservado á los grandes del imperio. La decapitación es infamante, y aun más la horca y el palo. Las gentes vulgares son ahorcadas; se estrangula á los ulemas y militares; los oficiales civiles ó militares son decapitados, y sus cabezas espuestas durante tres días con un cartel que indica su nombre y crimen. Nadie visita á Constantinopla sin que hiera su vista con estos horribles espectáculos. La cabeza de un visir ó de un bajá de tres colas se espone en una fuente de plata sobre una columna de mármol, cerca de la

en vez del suplicio alcanzó un gobierno en la Crimea.

Rodas.—Quedaban los caballeros de San Juan, que después de la toma de Acre se habían establecido primeramente en Chipre, donde reinaban los Lusitanos, y que desde Limisso no habían cesado de batallar contra los infieles. Pero perturbados á causa de sus continuas disensiones con los Lusitanos, resolvieron conquistar la isla de Rodas. En la época en que los cruzados se habían apoderado de Constantinopla, esta isla había caído en suerte á un príncipe italiano; después había pertenecido á los genoveses, y en fin había vuelto al imperio de Oriente; pero el señor de la Gualla, que la gobernaba, se había hecho independiente, y muchas veces los turcos iban á asolarla. Entonces, pues, el gran maestre de la orden, Fulco de Villaret, la ocupó por sorpresa, como también las islas adyacentes (1318); y desde allí molestó á los turcos, ayudando á cuantos les hacían la guerra. Orkan la sitió inútilmente en 1315; y los caballeros, en vez de ceder, tomaron á Esmirna, conservándola desde 1343 á 1401, año en que les fué arrebatada por Tamerlan. Los caballeros de San Juan se habían enriquecido con los despojos de los templarios, que se los abandonaron cuando la abolición de esta orden (1319). Después en el capítulo general habido en Mompeller bajo Elion de Villanueva, la religion se dividió en ocho lenguas, Auvernia, Provenza, Francia, Italia, Aragon, Castilla, Inglaterra, Alemania; á esta última pertenecían los prioratos de Dinamarca, Suecia y Hungría (1371). En otro capítulo que se tuvo en Aviñon, se mandó redactar los estatutos de la orden.

Mahomet conoció la importancia de Rodas, y desde que su escuadra se encontró libre, la dirigió contra esta isla. Juan Bautista Orsini, trigésimo-octavo gran maestre, hizo llamamiento para su defensa á los caballeros de todas las lenguas (1480). Concluyó la paz con el sultan de Egipto y el príncipe de Tunez, con objeto de poder sacar trigo de Africa; después se hizo conferir por la orden un poder absoluto sobre sus bienes y fuerzas por toda la duración de la guerra. Mesid-Bajá se presentó delante de Rodas con ciento sesenta velas, y habiendo desembarcado cien mil hombres, asedió la capital; pero los caballeros hicieron tales prodigios de valor, que los turcos se vieron obligados á retirarse; después de ochenta y nueve días de sitio, dejando nueve mil muertos y llevándose trece mil heridos.

Hacia la misma época los otomanos habían invadido con frecuencia la Estiria y la Carintia. Cua-

segunda puerta del Serrallo; la de un bajá de dos colas, de un general ó de un ministro, sobre un tajo de madera bajo la primera puerta, delante de la cual se arrojan al suelo las cabezas de los ajusticiados de un orden inferior. Las cabezas cortadas en las provincias se salan y mandan á Constantinopla.

renta mil de ellos, que habían penetrado en la Transilvania, se encontraron detenidos por Estéban Batori, que pereció en la pelea con treinta mil enemigos.

Los privilegios de Venecia en Constantinopla y sus posesiones de Levante, le habían sido garantidos por Mahomet, pero á medida que los musulmanes se extendían, sus posesiones quedaban como islas en medio de una inmensa inundación, prontas á ser sumergidas. Un motivo muy leve hizo estallar pronto las hostilidades. Habiendo robado un esclavo del bajá de Atenas cien mil aspros, huyó á Coron; nieganse los venecianos á entregarle porque es cristiano, y estalla la guerra. Toman los turcos á Argos; pero Venecia consigue recobrarle, y se prepara á secundar la cruzada predicada por Pio II, y que hemos visto quedar sin efecto. Entonces proclama Mahomet la guerra santa, y se adelanta sobre Negroponto con cuatrocientas velas y trescientos mil soldados. Tres veces la atacó; pero le rechazó Nicolás Canale (1470), dirigiendo sobre los sitiadores la artillería de la muralla, que hacia hasta cincuenta y cinco disparos por día: sin embargo, la ciudad se tomó, aunque defendida calle por calle. Pablo Erizzo, que mandaba la ciudadela, se rindió á condición de salvar su cabeza, y en efecto, Mahomet no se la cortó; pero le hizo aserrar en dos partes, y matar á los que habían capitulado para vengarse de la pérdida de sesenta mil turcos bajo las murallas de la heroica ciudad.

Entonces parecieron los turcos tan formidables en tierra como en el mar. Escitó, pues, á los italianos Paulo II á formar una liga, que en efecto se ajustó entre Fernando de Nápoles, el rey Juan de Aragon, Venecia, Milan, Florencia, los duques de Módena y Ferrara, los marqueses de Mantua y Monferrato, el duque de Saboya, las repúblicas de Siena y Luca. La muerte del pontífice y las envidias que surgieron entre los pequeños potentados italianos, no permitieron que produjese efecto alguno. Sixto IV consiguió igualmente reunir algunas fuerzas, y se unió con Ussum Cassan de Persia, que invadió el Asia Menor (1473); pero faltando á éste la artillería y el valor, no tardó en batirse en retirada, y los venecianos permanecieron casi solos. Un pequeño número de ellos sostuvo generosamente á Scutari contra un nublado de turcos; lo mismo aconteció en Lepanto; pero los turcos consiguieron por fin la victoria, y llevaron la esclavitud y la peste hasta entre Isonzo y el Tagliamento (1478). En fin, en la paz Venecia cedió Scutari y todo lo que había conquistado en esta guerra, conservando su jurisdicción en Constantinopla, y la exención de los derechos de aduana, mediante una suma de diez mil ducados anuales.

Hablaremos en otro lugar del espanto que causaron los turcos cuando desembarcaron en Italia y saquearon á Otranto. La tempestad que amenazaba al país, pareció disiparse cuando Mahomet terminó sus días cerca de Nicomedia á la edad de

cincuenta y un años (1481), diciendo: *Quería conquistar á Rodas y la Italia.* La alegría que su muerte causó á los cristianos, manifiesta cuán temido era. El papa Sixto IV, que se disponía á huir á Aviñon, mandó que se festejase aquel día como un domingo, y solemnizarlo otros dos días, con descargas de artillería y procesiones generales.

De todos modos el imperio de Oriente no dejaba, empero, de estar borrado del mundo, y aquella Grecia de quien la Europa había recibido la civilización acababa de perecer (19). Pero no, un pueblo no perece en tanto que subsisten los elementos de su nacionalidad. Una misma religion unía á los griegos contra los sectarios de Mahomet; hablaban además una misma lengua, en la que repetían los cantos nacionales, protesta incesante contra un odioso yugo, muchos de aquellos se habían sustraído refugiándose en las montañas y conservando la costumbre de la resistencia. Desde las alturas del Pelion, del Olimpo, del Pindo tesaliano y de los montes Agrafa, bandas griegas caían de tiempo en tiempo sobre los turcos, que los llamaron *cleftos*, es decir, salteadores, y forzaron á los conquistadores á tratar con ellos y á reconocer su independencia. Los griegos de la llanura, cuyos campos no respetaban los *cleftos*, se vieron obli-

gados á armarse contra ellos, é instituyeron una milicia (*armatoli*) con capitanes particulares, pero los que la componían, cuando los bajás eran demasiado tiránicos, se rebelaban y se hacían á su vez *cleftos*, perpetuando la rebelion. Además, algunos que no pudieron resignarse á la servidumbre, emigraron, y Génova los acogió en la isla de Córcega (20), así como Nápoles y Sicilia en sus valles.

La Europa deploró ya tarde la suerte de los griegos, después los olvidó: sólo los poetas se transmitieron de edad en edad la noble tarea de defender el derecho de la desgracia, y no cesaron de incitar á los príncipes de Occidente á libertar la Grecia de sus opresores. Cuando un pueblo no ha perdido sus recuerdos, cuando existen las letras para hacer resonar en sus oídos un canto conmemorativo, está destinado á levantarse de nuevo y la Grecia ha resucitado.

(20) Eran mainotas ó espartanos. Génova les impuso el diezmo de los frutos y cinco libras por hogar, asignándoles las tierras baldías de Paoncia, Recida y Piassologna, que pronto fueron cultivadas y pobladas. En reconocimiento permanecieron fieles á los genoveses contra los corsos: precisados por las fuerzas superiores de los naturales á embarcarse para Ajaccio, dejaron veinte y siete griegos encerrados en la fortaleza de Uncivia, que durante cinco días rechazaron los ataques de dos mil quinientos corsos, y concluyeron por retirarse á Ajaccio. Los restos de esta colonia se encuentran aun en Cargesse y Ajaccio, con las costumbres, usos y cantos de su antigua patria.

(19) Se encontrará lo que concierne á la constitucion del imperio otomano y de los países que dependían de él, libro XV, cap. 8.